

INTRODUCCIÓN

El Apocalipsis, el último libro del corpus bíblico, es, sin lugar a dudas, uno de los más difíciles de entender por su complejidad: su lengua original, el griego del NT, transgrede las normas de la gramática y la sintaxis; posee formas literarias dispares; el simbolismo impregna por completo el lenguaje; la trama narrativa es complicada y, además, posee un contenido teológico de gran profundidad. A pesar de ello, el Apocalipsis, en los albores del Cristianismo, formó parte importante de la liturgia de las iglesias orientales y, más tarde, durante la Edad Media llegó a ser uno de los libros más leídos, al menos en España, gracias a su divulgación a través de los Beatos. Después, si bien inspiró obras de arte, sobre todo, durante el Renacimiento y el Barroco, su estudio quedó relegado. Es en la segunda mitad del s. xx cuando el Apocalipsis se ha convertido en punto de mira de grandes especialistas; incluso, en la actualidad, su contenido y su estudio se divulga a través de Internet.

Las actuales líneas de investigación giran fundamentalmente en torno a tres ámbitos: la exégesis del Apocalipsis, su contenido teológico y su hermenéutica. Por regla general, el análisis estrictamente literario ha sido el gran ausente. Excepto los estudios dedicados al análisis de la lengua donde se han obtenido importantes contribuciones que esclarecen el uso del griego del autor, son pocas las aportaciones sobre la dimensión literaria del Apocalipsis. De hecho, aunque los comentarios exegéticos parten del análisis literario, enseguida pasan a la búsqueda del sentido, a la interpretación teológica; por otra parte, el análisis detallado de cada versículo impide con frecuencia obtener una visión general de la obra. Asimismo el Apocalipsis ha sido objeto de estudio por parte de la Retórica, lo cual no es de extrañar porque la obra se dirige a unos destinatarios concretos a los que el narrador alude en repetidas ocasiones y, en efecto, el autor se sirve de algunos recursos que le ofrece esta disciplina. Sin embargo, la obra no se presenta a sí misma como el intento de persuadir a su público de

unas verdades, sino con la finalidad de transmitir, dar a conocer, enseñar una revelación que tiene lugar a modo de experiencia religiosa. Resulta difícil considerar la Retórica como última clave interpretativa del Apocalipsis y, mucho menos, que sea un recurso empleado por el autor para criticar una sociedad determinada.

Una de las tareas pendientes y que me propongo afrontar con esta obra es descubrir cuáles son las claves de lectura que rigen el Apocalipsis y el modo en que determinan las formas literarias que adopta, las técnicas y recursos estilísticos empleados, así como su función dentro de la trama.

Estudiar las pautas de lectura del Apocalipsis supone una comprensión específica sobre el acto de lectura. Leer es un diálogo que se establece entre la obra y el lector real gracias al pacto de lectura; ese contrato implícito entre el texto y el lector, por el que este último acepta las normas que le ofrece el texto para ser comprendido.

La obra, una vez que ha sido concluida por su escritor, adquiere su propia autonomía. Como afirma J. Fokkelman, una vez que ha sido divulgada en la Antigüedad o publicada en nuestros días, rompe el cordón umbilical con su autor y adquiere, siguiendo la metáfora, vida propia¹. Es decir, la obra, una vez que el autor le ha puesto el punto final, puede entrar en diálogo con el lector, porque el autor la ha dotado de una serie de características y capacidades que lo hacen posible: las pautas de lectura. Entre ellas cabe destacar: la lengua elegida, el repertorio de conocimientos que se presupone en el lector, el léxico empleado, el estilo, el género² y, a veces, indicaciones concretas por parte del autor sobre cómo ha de ser leído el texto.

Ahora bien, aunque la obra tiene vida propia, es, con palabras de U. Eco, «una *machina pigra*» que necesita de alguien que le ayude a funcionar³. Sin la intervención del lector, el texto permanece mudo. Por eso, para poder dialogar requiere su cooperación activa. El lector debe partir de una actitud adecuada para que su lectura sea eficaz y responda a lo que el texto realmente transmite; se trata de contemplar la obra como algo «recibido» y no como algo para ser

¹ J. Fokkelman, *Reading Biblical Narrative. A Practical Guide*, (1995), trad. ingl. de I. Smit, Leiden: Deo Publishing, 1999, 22.

² U. Eco, *Lector in fabula. La cooperazione interpretativa nei testi narrativi*, Milano: Bompiani, 1979, 55.

³ *Ibid.*, 52.

«utilizado»⁴. Debe, pues, respetar las pautas de lectura que el autor ha dejado grabadas en el propio texto. En caso contrario, acabará forzándolo para que comunique lo que desea, pero no lo que la propia obra transmite. La tarea del lector se reduce, por tanto, a estar atento para captar las indicaciones de la obra. Una vez descubiertas, creará un «modelo» a través del cual alcanzará el sentido e interpretará el texto. Si una vez elaborado, quedaran fuera de él muchos elementos, resultaría un modelo inadecuado y el lector debería volver a empezar su tarea.

La elaboración del modelo supone un proceso de «desmontar sin estropear el mecanismo; desmontar hasta dar con las claves de la organización»⁵. El medio del que dispone el lector para «desmontar» es formular preguntas al texto⁶, de manera que la propia obra vaya ofreciendo las respuestas. Podría darse el caso de que las respuestas suscitasen a su vez nuevos interrogantes, pero llega un momento en que esas piezas deslavazadas comienzan a encajar. Así, poco a poco, el texto se va reconstruyendo y se presenta a los ojos del lector como un todo orgánicamente estructurado, que da razón de su armonía y de sus disonancias, y de donde emerge el sentido.

En el caso del Apocalipsis, la actitud oportuna para contemplar la obra como algo «recibido» parte de un hecho: el Apocalipsis no es una obra independiente, como la *Ilíada* o la *Odisea*, sino que pertenece y cierra un corpus más amplio, la Biblia. Por eso, el lector debe tener presente la intertextualidad propia de los libros bíblicos cuya función va a ser relevante.

Por otra parte, si la época en que la obra fue redactada (finales del s. I d.C.) es importante para situar la obra en su contexto, no lo es el año exacto, porque no repercute en las características literarias del libro. Algo similar ocurre con su autoría. La tradición se la concedía a Juan, el Apóstol⁷, sin embargo,

⁴ C. S. Lewis, *An Experiment in Criticism*, Cambridge: Cambridge University Press, 1961 (reimpr. 1995), 88.

⁵ L. Alonso Schökel, *Treinta salmos. Poesía y oración*, Madrid: Cristiandad, 1981, 21.

⁶ Fokkelman, *Reading Biblical Narrative*, 207.

⁷ El primer testimonio es de Justino en el *Diálogo con Trifón* 81.4. Le siguen otros testimonios de Padres de la Iglesia como Ireneo (*Adversus Haereses* 5.30), Clemente de Alejandría (*Hom.* 42.1.1-2, *Strom.* 6.13.106), Orígenes, Tertuliano (*Adv. Marc.* 4.5) y Jerónimo (*PL* 23,625A). Me parece relevante el testimonio de Orígenes por la insistencia con que afirma la autoría de Juan en distintos momentos de sus obras (*Cels.* 6.23.9; 8.17.7; *Io.* 1.1.2; 1.22.132; 2.5.45) e, incluso en *Io.* 1.14.84 afirma que el autor del Apocalipsis no es otro que Juan, el hijo de Zebedeo.

en la actualidad se ha puesto en duda esta cuestión, precisamente porque el narrador se presenta como Juan –denominación que se usará en adelante– y, por lo general, las obras apocalípticas se caracterizan por su pseudonimia⁸. Por otra parte, resulta sorprendente que, si el autor del Cuarto Evangelio es el mismo que el del Apocalipsis, el primero intente pasar desapercibido tras la expresión ὁ μαθητῆς ἐκεῖνος ὃν ἠγάπα ὁ Ἰησοῦς, ‘el discípulo que Jesús amaba’ (Jn 13,23; 17,26; 19,26; 21,7.20), y, sin embargo, en el Apocalipsis ponga especial empeño en subrayar su autoría –ἐγὼ Ἰωάννης– tanto al empezar como al concluir el relato (Ap 1,4.9; 22,8). Hoy por hoy, se trata de una cuestión abierta. Sin embargo, la identificación del autor no es un dato esencial para captar el sentido del texto, pues, como ya he mencionado, la obra literaria una vez escrita, adquiere su propia autonomía con independencia de quien sea su autor.

Los testimonios –papiros, manuscritos, citas de los Padres– que nos han llegado muestran que el Apocalipsis fue originalmente escrito en griego. A pesar de la complejidad de su tradición manuscrita, gracias a la aportación meticulosa de Schmid⁹, disponemos de un texto fiable. En las citas bíblicas sigo el texto de la vigésimo séptima edición del *Novum Testamentum Graece*, preparada por Nestle y Aland¹⁰, y tomo en cuenta aquellas variantes significativas que vienen apoyadas por el comité editorial de la UBS¹¹ y por otras aportaciones de la exégesis. Las traducciones, si no se indica lo contrario, son de la autora.

Como el texto transmite un mensaje por medio de palabras, el lenguaje y el modo en que se articula es tan importante como el mensaje; e, incluso, a ve-

⁸ D. E. Aune, *Revelation 1-5*, Dallas (Texas): Word Books, 1997, xlvii-lvi; J. Roloff, *The Revelation of John. A Continental Commentary*, (1984), trad. ingl. de J. E. Alsup, Minneapolis (Minnesota): Fortress Press, 1993, 8-9; P. Prigent, *Commentary on the Apocalypse of St. John*, (2000), trad. franc. de W. Pradels, Tübingen: Mohr Siebeck, 2001, 36-50. No obstante, la pseudonimia no es un rasgo que defina necesariamente la literatura apocalíptica como ha puesto de manifiesto J. J. Collins, *The Apocalyptic Imagination. An Introduction to Jewish Apocalyptic Literature*, Grand Rapids (Michigan) – Cambridge: William B. Eerdmans, 1998², 270-273.

⁹ J. Schmid, *Studien Zur Geschichte des Griechischen Apocalypse-Textes*, vols. 1-2, München: Karl Zink, 1955-1956.

¹⁰ *Novum Testamentum Graece*, eds. E. Nestle, K. Aland, (1898), Stuttgart: Deutsche Bibelgesellschaft, 1993²⁷. En las notas sobre crítica textual, sigo las siglas y abreviaturas de su aparato crítico.

¹¹ B. M. Metzger, *A Textual Commentary on the Greek New Testament. A Companion Volume to the United Bible Societies' Greek New Testament (Fourth Revised Edition)*, Stuttgart: Deutsche Bibelgesellschaft, 2002².

ces, el único modo de descubrir verdaderamente el sentido del texto es analizar con detalle su forma, es decir, el «cómo se dice». De ahí que el «cómo» no sea algo accidental en el texto, sino clave para poder interpretarlo adecuadamente. Si esto es relevante en el análisis de cualquier obra literaria, de modo especial lo es en el Apocalipsis, pues debido a la gran distancia temporal y social que media entre su gestación y nuestra lectura, si el lector no es capaz de percibir el modo en que se transmite el contenido, difícilmente llegará a alcanzar su sentido.

No obstante, el simbolismo, capacidad inherente al lenguaje del Apocalipsis, queda excluido de esta monografía por una razón. El símbolo, por su propia naturaleza, está dotado de dos dimensiones, una visible para el lector y otra *in absentia*, que tiene que descubrir y que, además, admite múltiples interpretaciones. Este elemento *in absentia* se corresponde con lo que U. Eco denomina lo «no mencionado» de la obra¹² y su interpretación corresponde al momento en que el lector ya ha elaborado el «modelo» y procede a extraer el sentido del texto. Este aspecto excede, pues, los límites de esta obra, donde solo se pretende alcanzar el modelo.

¹² U. Eco, *Lector in fabula*, 51. En la misma línea, D. Marguerat – Y. Bourquin, *Per leggere i racconti biblici. La Bibbia si racconta. Iniziazione all'analisi narrativa*, (1998), trad. it. de M. Zappella, Roma: Borla, 2001, 126.